

Acciones colectivas en torno a lo laboral. Algunos planteos metodológicos¹.

Por Patricia Mariel Sorribas²

Más allá de las diferencias en las opciones teóricas, las categorías analíticas, las fuentes de datos y la cobertura geográfica y temporal de los estudios sobre grandes series de conflictividad en Argentina, se está en condiciones de sostener un punto de coincidencia respecto de la centralidad de las acciones protagonizadas por actores incluidos bajo la opción “asalariados”, incluso a pesar de la diferente operacionalización que recibe dicha categoría. En base a ello, se justifica una revisión y análisis de los estudios que se han focalizado en las series sobre conflictividad en torno a lo laboral en Argentina, a fin de dar cuenta no sólo de sus resultados sino precisamente de los diversos enfoques teórico-metodológicos utilizados.

En tal sentido un reciente artículo de Ghigliani, (2008) se toma como eje en base al cual se articulan otros antecedentes, ya que provee una de las más completas revisiones sobre la producción académica en este campo de estudio y porque se comparten muchas de las observaciones hechas en dicho texto. Este autor reconoce que es a partir de la década de 1980 que se produce una mejora – entendida como la disposición de más series y más largas – en dicho campo. Entre quienes encaran esa mejora identifica al Centro de Estudios para la Nueva Mayoría (CENM) que comenzó su registro³ en 1980; los investigadores de la Universidad de Quilmes desde 1984⁴; James McGuire quien construyó una serie para 1984-1993 con información proveniente del Consejo Técnico de Inversiones (CTI) que incluye las variables *días perdidos* y *número de huelguistas*; la Consultora de Investigación Social Independiente (CISI) y el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA⁵), quienes proveen series estadísticas sobre protesta social⁶ desde 1991. Conviene identificar también al Taller de Estudios Laborales (TEL), que si bien obtiene sus datos de PIMSA, se focaliza en las cuestiones laborales, y a los informes sobre conflictividad y negociación laboral producidos por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

En primer lugar, corresponde recuperar algunas consideraciones del Ghigliani (2008) en relación a las **fuentes de datos**. La gran mayoría de las series han sido construidas a partir de diarios nacionales o como dice el autor “en los hechos un

¹ El presente trabajo forma parte de los antecedentes sistematizados y discutidos dentro de la tesis de maestría titulada: “La visibilidad del conflicto y de los sujetos colectivos en la mediatización de la protesta laboral en Córdoba a través de la prensa escrita” (inédita)

² Lic. en Psicología, Maestranda en Sociología por el CEA-UNC; Doctoranda en Psicología por la Fac. de Psicología de la UNC; Becaria de postgrado tipo II del CONICET y miembro del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social

³ El registro recurre a las siguientes fuentes secundarias: diarios La Nación, Clarín, Página 12, La Prensa, Crónica, Diario Popular, El Cronista y Ámbito Financiero.

⁴ Con un registro diario de los conflictos laborales relevados de las crónicas de los principales periódicos nacionales: Clarín, Crónica, Diario Popular, Ámbito Financiero y Página 12.

⁵ Comparando varios de sus documentos y ponencias se pudo establecer que introducen algunas modificaciones en las variables que consideran o bien cambian la definición operacional de las mismas.

⁶ En términos genéricos se menciona la protesta social para diferenciarla de otros constructos como conflictos, redes de conflictos o campañas de protesta, y sin olvidar que PIMSA analíticamente parte del concepto de rebelión.

eufemismo por ciudad de Buenos Aires”. La consecuencia de ello es que los conflictos laborales y huelgas del interior del país son sistemáticamente subestimados. Debido a la naturaleza de la fuente, las estadísticas así elaboradas son de un alto nivel de agregación; rara vez ofrecen información acerca de dos variables esenciales en los estudios sobre huelgas a nivel mundial: el número de trabajadores involucrados y el número de horas o días perdidos. Si las fuentes periodísticas son inapropiadas para dar cuenta del número real, ya no de los conflictos laborales (categoría sumamente elusiva), sino de huelgas, existe consenso entre los investigadores en que al menos, partiendo del supuesto de que la subestimación debida a la cobertura se mantiene a niveles constantes, se tratarían de un medio idóneo para evaluar las tendencias de la conflictividad laboral y el movimiento huelguístico. Igualmente tal mantenimiento de la subestimación es también cuestionable ya que la cobertura de noticias gremiales fue otra de las víctimas de la ofensiva empresarial, llegando incluso a desaparecer como sección especial en varios diarios (Ghigliani, 2008:167).

En segundo término, la opción de cada investigador sobre **qué es lo que se registra** y cómo se lo define conceptual y operacionalmente también constituye una debilidad en el campo disciplinar y dificulta los análisis comparativos. Algunos de los aportes en este sentido consisten en hallazgos tales como: **a)** si bien la huelga aparece como un fenómeno inequívoco, se advierte que es un término más bien ambiguo; no toda interrupción del proceso de producción es definido socialmente como huelga. Parte de esa ambigüedad atribuida a este formato se entiende porque una huelga no habla sólo de los trabajadores y sus organizaciones, sino de la actitud de la patronal y sus gerentes frente a las reivindicaciones obreras (Ghigliani, 2008:168). Por ejemplo algunos autores sostienen que en las fases descendentes de un ciclo, la confrontación (establecida en base al formato huelga) podría ser funcional para reducir sus costos (Franzosi 1982). Por otra parte Shorter y Tilly (1974) se preocuparon por establecer diferencias entre distintos tipos de huelga y más recientemente, Silver (2005) ha diferenciado entre dos tipos de conflictividad, la polanyiana y la marxista⁷. **b)** Diversos estudios parten de unidades de análisis diferentes. Por ejemplo Izaguirre & Aristizábal (2000) brindan en su trabajo datos estadísticos de *conflictos obrero-patronales* elaborados por la CTA para el período 1976-1980, en cambio Jelín (1977) contabiliza *huelgas* entre 1973-1976. En el caso de los Organismos Oficiales referenciados por Schuster y cols. (2006), los conflictos laborales que registran son definidos como "...las situaciones de desacuerdo referentes a una cuestión o a un conjunto de cuestiones con relación a la cual o a las cuales existe una discrepancia entre trabajadores y empleadores, o acerca de la cual o de las cuales los trabajadores o empleadores expresan una reivindicación o queja o dan su apoyo a las reivindicaciones de otros trabajadores o empleadores". **c)** Respecto a los formatos, mientras Jelín no registra las ocupaciones de edificios públicos e Izaguirre y Aristizábal sí lo hacen, éstas últimas registran una serie de conflictos internos a la clase que con seguridad son sólo registrados parcialmente por la primera. En relación a los formatos, Farinetti (1999) resalta los diferentes criterios seguidos por los investigadores que produjeron las series que ella estudia: la base de Ricardo Spaltemberg (1996) cubre los "conflictos laborales" entre julio de 1990 y 1984, entendidos como "toda modalidad de actividad huelguística en donde la acción consiste en la interrupción del transcurrir

⁷ La primera explicaría el carácter pendular del conflicto y estaría vinculada a la periódica desestructuración de políticas sociales y beneficios laborales en busca de una mayor mercantilización de las relaciones sociales. La segunda explicaría su evolución temporal a la que vincula con el desarrollo del capitalismo histórico y los cambios producidos en la composición de la clase obrera (Ghigliani, 2008:175)

habitual del proceso de trabajo recurriendo a los principales diarios nacionales como fuente; la serie de 1984 a 1993 correspondiente a Mc Guire (1996) en base a los registros del Consejo Técnico de Inversiones, donde la unidad de análisis es la huelga – en sus variantes – y las ocupaciones de lugar de trabajo (no incluye, como lo hace Spaltemberg, el trabajo a reglamento y el quite de colaboración); los datos sobre conflictividad producidos por la CISI registra todo tipo de medida de fuerza, no solamente las huelgas y las ocupaciones del lugar de trabajo entre 1991 y 1997 (movilizaciones, cortes de ruta, ollas populares y otras actividades que no suponen necesariamente la realización de una interrupción de la jornada de trabajo); por último ella misma efectúa la reconstrucción histórica de las protestas en las provincias en base a una cronología elaborada con información brindada por tres periódicos nacionales y, en algunos casos, por periódicos provinciales. **d)** Se encuentran diferencias numéricas entre investigaciones que utilizan similares fuentes de información para cuantificar, en principio, lo mismo (Falcón, 1982 y 1996; y Fernández, 1985), lo cual hace suponer que además habría diferencias en los procedimientos de categorización del contenido de las fuentes al construir las bases de datos. **e)** Incluso en algunos casos además de tomar tipos de eventos diferentes, la situación se agrava porque no explicitan prácticamente nada acerca de los criterios con los que se recolectó la información. Tal es el caso de las series producidas por Falcón (1982, 1996) y Fernández (1985) para los años 1976-1980 (Ghigliani, 2008:170). **f)** Farinetti (1999) al seleccionar las fuentes para su estudio refiere otro problema implicado en las bases de datos de las series. El criterio temporal asignado a cada formato varía según quien produzca los datos. Mientras CISI toma como unidad de relevamiento cada medida de fuerza independientemente de la duración de la misma, Spaltemberg y McGuire cierran el registro cada mes, es decir la unidad temporal de la serie es el mes, lo cual significa que los conflictos que continúan más allá del mes de su inicio se vuelven a registrar en el mes siguiente, haciendo incorrecta la suma de los conflictos por mes. **g)** Algunos autores organizan sus argumentos sobre la conflictividad laboral sólo alrededor del número de conflictos o huelgas efectivamente registrados. Esta es una práctica que conduce a minimizar la recurrencia del conflicto entre capital y trabajo, sobre todo en períodos en que caen las grandes huelgas, y la conflictividad tiende a ser más localizada.

En tercer término, a los inconvenientes ya identificados se suma el de los esquemas explicativos y las relaciones con otras **dimensiones de análisis** como la económica, la política, la institucional, entre otras. Precisamente los enfoques más tradicionales (por ser los más comunes y antiguos) se caracterizan por la correlación de variables económicas y un formato: la huelga (Franzosi 1982, 1989; Hyman 1972). Secundariamente se ha buscado explicar el movimiento huelguístico por variables políticas⁸. Esta sería la situación típica cuando el partido en el gobierno mantiene una estrecha relación con los sindicatos y su base electoral la constituyen los trabajadores. Precisamente así ha procedido el estudio ampliamente referenciado a nivel local de Farinetti (1999). Esta autora explícitamente indica que efectúa un análisis político de la evolución de las formas de protesta en la nueva democracia argentina (1984-1997) otorgando especial interés al papel del peronismo en las reivindicaciones laborales. La dimensión política está constituida por las nociones de "repertorio de acción colectiva", "estructura de oportunidades políticas" y "economía moral", desarrollados por Tilly, Tarrow y Thompson, respectivamente. El supuesto del que parte es que las condiciones

⁸ Las variables económicas o políticas que sí aparecen, en la mayoría de los casos lo hacen de manera unilateral o contingente. No se aprecia que exista una voluntad por integrarlas o por reflexionar acerca del contexto en que se activan sus poderes causales Ghigliani (2008:170)

y transformaciones socioeconómicas sólo impactan sobre las formas de protesta con la mediación de la arena política en la cual se configuran los intereses, identidades y recursos que orientan la acción colectiva.

Por otra parte, tempranamente desde la literatura inglesa sobre relaciones industriales se ha subrayado la importancia de que las explicaciones sobre conflictos y huelgas incorporen entre sus variables al sistema de negociaciones colectivas⁹ (Clegg 1976) y según el nivel de centralización de la misma (como especifica Ghigliani, 2008:169). Tal factor pareciera tener potencialidad para intentar comprender la descentralización de los conflictos de los años '90 y su consecuente interpretación como fragmentación de la fuerza laboral (Piva, 2001)

En relación a este tercer aspecto de las series sobre conflictividad laboral, Ghigliani advierte que las dificultades que se le presentan a los investigadores para establecer patrones de largo plazo entre variables económicas¹⁰ y huelgas (Franzosi 1982), o la insistencia de Franzosi en la necesidad de elegir unidades temporales de análisis homogéneas, orientan hacia la recomendación de restringir los análisis al corto plazo, que por otro lado es la tendencia absolutamente preponderante en la literatura (Ghigliani, 2008:167/8). Habiendo establecido estas limitaciones, no parecen aconsejables las relaciones inmediatas que en ocasiones se establecen en los artículos que abordan la evolución de la conflictividad. Las explicaciones unidimensionales o contingentes aparecen como insuficientes; más prometedor, en cambio, sería trabajar en la integración de los distintos enfoques y en una cuidadosa reconstrucción cualitativa del contexto histórico (Ghigliani, 2008:173/4).

En cuarto y último lugar, a pesar del aumento numérico en las series a partir de los años 80, esto no puede considerarse en sí mismo una mejora, ya que se evidencia la existencia de discrepancias que no se mantienen constantes, es decir no son sistemáticas (Ghigliani, 2008:171). Así, las curvas que se desprenden de las series del CENM y de los investigadores de la Universidad de Quilmes sobre conflictividad laboral son exactamente inversas para los años 1984-1988 (y presentan importantes discrepancias para los años 1990-1999). Este tipo de hallazgos, resquebraja el supuesto más fuerte de toda la bibliografía sobre conflictividad de la época, esto es, que puede aceptarse la representatividad de las tendencias que ponen de manifiesto las estadísticas disponibles. Por otra parte al explicar el incremento y la baja de los conflictos, estas divergencias se tornan más preocupantes. Al tomar como base las series sobre conflictividad laboral del CENM o PIMSA se debería explicar la magnitud del salto que se produce entre 2004 y el 2005; salto inexistente si la fuente de información es el CISI (Ghigliani, 2008:171).

Estas divergencias incluso, se mantienen hasta fechas recientes. Para el año 2006 las estadísticas del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) contabilizaron 1362 *conflictos laborales*, mientras que el PIMSA contabilizó 837, la CISI 656, la CTA 543 y el CENM sólo 504. Esta diferencia es explicada por el propio autor en base al abultado registro del MTS, en lo esencial, por la cantidad de periódicos que consulta para realizar su serie: 125 diarios de todo el país (Ghigliani, 2008:172)

Como se ha visto, desde los estudios sobre conflictividad social en general los asalariados son los principales actores que protagonizan las acciones colectivas de las últimas décadas en Argentina. A pesar de ello y según los estudios focalizados en la conflictividad laboral, el nivel cuantitativo de ésta es subestimado. Estas series en

⁹ La información relativa a las negociaciones colectivas en Argentina está siendo elaborada por la CTA de manera periódica, al menos para los últimos años pero se reporta en informes separados de los correspondientes a conflictividad.

¹⁰ Énfasis en la re-estructuración productiva y en un solo formato: la huelga.

definitiva proveen datos que posibilitan reconocer tendencias pero no guarismos absolutos (Ghigliani, 2008:166). Así contribuir a revertir esa subestimación se constituye en un objeto de indagación relevante. Una indagación con estas características no sólo debe atender al problema de la fuente de datos y su nivel de cobertura de la conflictividad, sino ampliar el relevamiento incluyendo otras modalidades de acción colectiva que permitan ajustar la medición y la interpretación de las tendencias. Además se torna pertinente la intención de ampliar el enfoque respecto del proceso de mediatización de la conflictividad social y laboral, a fin de evitar su reducción a un mero problema metodológico sobre las fuentes secundarias. Se trata antes bien, de dar cuenta de los medios masivos de comunicación como actores plenos implicados en la configuración misma de la conflictividad social y laboral, con sus propios posicionamientos a partir de los cuales seleccionan, enfatizan y significan la información relativa a estos fenómenos de la sociedad. En tal dirección argumentativa se orienta la siguiente sección.

Aspectos metodológicos en relación a los procesos de mediatización

En este apartado se dará cuenta brevemente de las discusiones metodológicas que problematizan el recurso a los medios de comunicación como fuentes secundarias de información sobre las acciones colectivas.

La información sobre las acciones colectivas puede ser comunicada personalmente en pocos casos y aún así está limitada a un número pequeño de personas. La vía primaria por la que la gente – y podría decirse que la mayoría de los mismos científicos sociales – conoce acerca de los eventos de protesta es a través de los medios de comunicación. Entre éstos los medios gráficos, ofrecen una cobertura más detallada de los eventos de protesta si son comparados con la TV (McCarthy, McPhail, Smith y Crishosk, 1999:126)

Otros autores señalan precisamente que entre las cuestiones abiertas de este campo de investigación está la del uso de estas fuentes (los medios), la que necesariamente implica que el rango de eventos de protestas está estrictamente restringido al relativamente pequeño número que reúne el criterio selectivo de dichos medios. Para estos autores esto no es un problema en sí mismo, sino que en las modernas sociedades es a través de su representación en los medios que los eventos de protesta se convierten social y políticamente *reales* en sus consecuencias. Por ello es importante que se aprenda más acerca de los procesos y mecanismos que gobiernan esta construcción mediática de la realidad de la protesta y por ende de la naturaleza y extensión de los *sesgos* en las fuentes (Rucht, Koopmans y Neidhardt, 1999:26)

Ante el problema de los eventos no registrados por los medios, autores como Rucht y Neidhardt, (1999:76) sostienen que si el interés del analista recae en las protestas que resultan potencialmente relevantes para el cambio social y político, hay buenas razones para focalizar solo en aquellos eventos que son o pueden ser registrados para el amplio público. Así los análisis de eventos basados en los medios masivos no solo constituyen una opción práctica sino un imperativo teóricamente fundado. Esta posición si bien la asumen para justificar el recurso a este tipo de fuente, a nivel teórico-interpretativo establece un supuesto difícilmente sostenible: sólo las acciones visibilizadas mediáticamente serían las “relevantes para el cambio social y político”. Las acciones colectivas también expresan demandas orientadas a mantener situaciones socio-políticas, a la vez que otras acciones con potencial fuerza de cambio pueden

invisibilizarse intencionalmente desde los propios medios de comunicación, pero no por ello el investigador social debe reproducir dicha invisibilización, es decir dejar de constituir la en objeto de indagación mediante otras fuentes.

Por su parte para Rucht y Ohlemacher (1992:78) el principal problema metodológico en este campo, reside en que la unidad de análisis no coincide con la unidad de recolección de datos. Es decir hallar una unidad para la recolección de datos y una fuente de datos correspondiente conteniendo esa unidad, que pueda proveer un sustituto para el objeto de análisis. Si bien estos investigadores optan por una operacionalización de los eventos atribuyéndoles un carácter episódico con un relativamente claro comienzo y final, un actor colectivo identificable y una dimensión espacial observable, reconocen que no siempre es claro cuándo y dónde un evento de protesta finaliza y cuándo y dónde uno nuevo comienza (Rucht y Ohlemacher, 1992:88). Lo sostenido respecto de la naturaleza de las acciones torna imposible el propósito metodológico de hacer coincidir la unidad de análisis con la unidad de registro, es decir no hay fuente – por ser tal – que pueda *transparentar* el fenómeno social aunque pudiera evitar todo tipo de sesgo. Por ende ya no se trata de un problema metodológico sino epistemológico relativo a la acción.

Aspectos metodológicos en relación a los procesos de mediatización desde el enfoque framing

En la producción de conocimiento desde este enfoque y a nivel metodológico, también se han evidenciado diferentes opciones. Muchas de ellas inclusive llegan a alejarse sustancialmente de los planteos iniciales de Goffman.

En general se puede afirmar que el procedimiento de framing trabaja por analogía: “el continuum de dificultad (para el analista) va desde la indicación explícita de la analogía, al uso sutil de los términos y de las formas retóricas que trabajan como indicios para dirigir la reconstrucción del cuadro completo” (Donati, 1992). Los aspectos simbólicos del lenguaje puede ser tomados en cierto modo como “*framing of frames*”. Ellos hacen al análisis más dificultoso, ya que el analista necesita decodificarlos para reconstruir la estructura semántica fundamental del texto. Un texto puede ser tomado a menudo, sino siempre, como enmarcando una multiplicidad de objetos, de acuerdo a la lectura en la cual se hace foco. No se ve el marco directamente, sino que se deduce su presencia por sus expresiones y lengua características. Cada marco [construido] da ventaja a ciertas maneras de hablar y del pensamiento, mientras que coloca otras “fuera del cuadro”.

En particular, se ha podido establecer que los estudios empíricos discuten a nivel metodológico en torno a distintos ejes. **a)** La *dimensión temporal* de los estudios orientados a la identificación de encuadres mediáticos: si el encuadre mediático es considerado como “discurso público” entonces corresponde al nivel más general, difuso y a largo plazo de la construcción social de sentidos, por lo cual según Gamson y Modigliani (1989) el diseño de investigación debe contemplar períodos temporales más extensos al momento de acotar el corpus de textos. Quienes han realizado *frame analysis* desde estrategias apriorísticas (Iyengar y Kinder, 1987) concluyen que la prensa gráfica tiende más que la televisiva a proporcionar *frames* temáticos, los cuales al privilegiar la descripción de los problemas, explicitar sus causas y posibles soluciones, requieren de un desarrollo temporal mayor. **b)** La determinación de la *unidad de análisis*. Algunos autores (Humanes e Igartua, 2004) sostienen que

“precisando más la unidad de análisis sería posible llegar a determinar en qué lugar del texto se localizan las dimensiones del encuadre” (ej: titulares, pie de foto, selección de las fuentes, entre otros). En cambio Donati (1992) plantea que el investigador al nombrar los *frames*, necesita adicionalmente de la consideración de la cultura del receptor. El análisis busca dar con la categoría a la que el objeto de estudio particular hace referencia. Esta categoría es siempre un constructo cultural usado por los receptores para orientar su percepción. Esto supone que todo análisis del discurso o frame analysis que se propone determinar cómo las personas negocian la realidad en que ellos viven, no debe eliminar nunca el chequeo empírico, tal como el que posibilitan las entrevistas o grupos de discusión con población relevante para el estudio. **c)** Los *indicadores*, las marcas del discurso donde se rastrea el contenido que contribuye al proceso de construcción del marco mediático. Algunos estudios centralizan la identificación de los indicadores en relación al tipo de encuadre utilizado: *a priori* o *a posteriori*. Los primeros implican opciones más precisas sobre qué del texto constituye un indicio del *frame*. Por su parte Pan y Hosicki (1993) proponen 4 dimensiones estructurales para orientar el proceso de construcción del frame: 1) la estructura sintáctica, 2) estructura del guión, 3) estructuras temáticas y 4) estructura retórica. Entmann (1993) propone 5 rasgos de los textos que dan forma a determinados marcos de referencia: 1) juicios sobre la importancia; 2) agencia: o la respuesta a la cuestión ¿quién hizo esto?; c) identificación con víctimas potenciales; d) categorización o elección de etiquetas para los incidentes; e) generalizaciones alrededor de un contexto nacional más amplio. Rivas (1998) tomando diferentes aportes elabora su propuesta de dimensiones y estrategias del enmarcamiento que orientan a los propios movimientos al momento de enmarcar sus acciones colectivas. Por derivación estas acciones pueden recuperarse a nivel metodológico al re-construir dichos enmarcamientos: indicar una cuestión del debate público, definirla como un problema, atribuir causas, definir a los agentes responsables, enmarcar los objetivos y las posibilidades de éxito, enmarcamiento de los destinatarios de la acción, autolegitimación del colectivo social¹¹. **d)** Los *niveles de análisis*. Desde el proceso de elaboración de la nota periodística, la nota periodística en sí, los efectos de la nota periodística sobre la/s audiencia/s, un cuarto nivel que supone una cierta dialéctica según la cual la determinación de los marcos mediáticos es posible articulando los tres niveles anteriores. En este sentido uno de los planteos desarrollado con mayor complejidad, corresponde al modelo propuesto por Scheuffele (2000) en 3 fases: 1°) construcción del *frame* por los periodistas, 2°) posicionamiento de los *frames* y 3°) la fase de consecuencias individuales sobre la audiencia. **e)** Los enfoques de los marcos *a priori* versus *a posteriori* ya anticipados. Esta distinción revela una división entre los estudios con intenciones más universalistas, que tienden a sostener que existen tipos ideales de encuadres periodísticos aplicables a cualquier texto o a cualquier contenido; y aquellos que apuestan a un *frame analysis* desde una perspectiva abierta, intentando revelar los posibles encuadres de un objeto sin recurrir a modelos previos. **f)** Los marcos mediáticos de cada noticia versus los de las coberturas completas de un cierto conflicto o tema. En principio la opción obedece a la definición del propio objeto de investigación, a la localización temporal del mismo y al tipo de medio de comunicación estudiado. **g)** La simplificación de la complejidad. El concepto de *frame* implica un proceso de simplificación realizada por la prensa. Sobre ella el investigador realiza la propia operación de simplificación de la información en la construcción de un encuadre mediático. Se opera una nueva selección mediante la

¹¹ Para mayor detalle de la propuesta ver Tabla N° 1 de pág. 209 en Rivas (1998)

determinación de unidades de análisis e indicadores, se produce una nueva analogía al nombrar el *frame* construido. **h)** Validación de los marcos mediáticos construidos por el investigador. En el modelo de Scheufele (2000) cada fase puede utilizarse como criterio de ajuste de las otras dos fases. El señalamiento de Donati (1992) en relación a las unidades de análisis, puede a su vez constituirse en un proceso de validación del *frame* propuesto por el investigador.

Las acciones colectivas abordadas desde esta tradición teórica, contemplan una extensa variedad de formatos (diversas modalidades de protestas hasta acciones terroristas), actores (candidatos políticos durante procesos electorales, organizaciones civiles urbanas, indígenas), temáticas (ambientales, derechos humanos, políticas específicas). En relación a las acciones colectivas en torno a lo laboral localizadas en Argentina son escasos los antecedentes. Entre ellos resulta conveniente reseñar el estudio que cubre el plan de convertibilidad entre 1991-1992 de Gordillo (2001). Aquí el enfoque teórico es adoptado debido a que la autora entiende que la imposición de reformas estructurales con altos costos sociales, impulsadas además por un régimen democrático, necesitó generar una opinión pública favorable que contribuyera a legitimar esos cambios. Lo que la lleva a centralizar el análisis en el papel jugado por los medios¹² para construir consenso en torno a determinado orden y, de esa manera, alentar o desalentar la acción colectiva (Gordillo, 2001:3). En ese sentido se ha destacado su importancia para conformar una opinión pública tendencialmente “antiestatal” (Palermo y Novaro, 1996: 226).

Esta autora en base a las dimensiones propuestas por Rivas (1998) concluye que la tarea de encuadre para *alentar* la acción colectiva efectuada por La Voz del Interior fue muy débil. Y considerando los aportes de Gamson (1995), sostiene que tampoco brindó elementos para construir una representación de injusticia ni de la posibilidad de modificar el orden de las cosas (agencia), a la vez que no se marcaron claramente los colectivos que estaban detrás de las acciones, salvo en el caso de los jubilados, al sostenerse la importancia de su movilización como estrategia de cambio (Gordillo, 2001:24). A pesar de ello sí pudo observar que el diario enmarcó diferencialmente las acciones en función del antagonista hacia el cual se dirigían. En el caso de las acciones contra el Gobierno Nacional, se efectuaron algunas valoraciones y, en ocasiones, se marcó como cuestión del debate público las consecuencias sociales de las medidas de reestructuración del Estado, insinuándose algunas contradicciones entre el *ser* y el *deber ser* (Rivas, 1998). En lo que se refiere a la identificación de los actores, de sus objetivos y a la atribución causal, también se efectuó una mayor tarea de encuadre favorable o – al menos – justificador de la acción, sin que sin embargo se la alentara. Gordillo (2001:25) además resalta la visibilidad que adquieren – a pesar de su porcentaje insignificante en relación al total de las acciones – nuevos repertorios de confrontación, como las marchas de silencio, sentadas o cortes de ruta con participación vecinal, que comenzaron a poner en evidencia la posibilidad de expresión de las demandas a través de otras estructuras movilizadoras por fuera de las tradicionales, a pesar de que en el período analizado son los sindicatos los canales casi exclusivos para la exteriorización de las reivindicaciones.

Por otro lado, la referencia a Goffman en el análisis de piqueteros realizado por Massetti (2007) puede interpretarse como una aproximación no demasiado ajustada al enfoque goffmaniano. Explícitamente afirma que “podemos pensar siguiendo a

¹² La fuente fue el diario La Voz del Interior y el período temporal contempló los años 1991 y 1992 (Gordillo, 2001:5)

Goffman y su metáfora de la escritura musical que *la palabra* piqueteros opera como ‘armadura de clave’ para la conciencia; como ordenadora de ciertos aspectos de la experiencia cotidiana y la percepción de un todo social circundante” (Masseti, 2007:63). Según este autor, piquetero constituye una noción emergente que remite a tres momentos. En primer lugar, 1990-1998, se asoció a la reacción justa de las poblaciones del interior del país frente a la des-estructuración de la vida social a raíz de la implosión de las fuentes laborales, especialmente las provenientes del sector energético. En segundo término, 1999-2002, se asoció a la organización de los sectores populares de los grandes centros urbanos, quienes ejercían demandas apropiadas a las condiciones coyunturales de la Argentina. Y en tercer lugar, 2003-2005, se asoció a la idea de manipulación, ya sea como víctimas de sectores tradicionales “lo viejo de la política” o de sectores “marginales” (partidos de izquierda o grupos aislados), los grupos más postergados de la sociedad son obligados a participar en política (Masseti, 2007:63). Queda por dilucidar el locus donde se materializa esa asociación, es decir qué datos empíricos permiten sostener que en cada momento se asoció la palabra “piqueteros” con esos significados y quién es el sujeto que así asocia y significa: ¿los mismos medios masivos de comunicación?, ¿los intelectuales o académicos a partir del texto de los medios? O ¿las audiencias de esos medios?

La aplicación social de esta variación semántica se efectuaría mediáticamente aunque sin reducir el fenómeno identitario subyacente a la dimensión comunicativa, ni considerar mecánicamente la vida mediática de los movimientos sociales. Complejizando el planteo de la construcción identitaria¹³ recurre a la noción de paisajes que a su vez implica aportes goffmanianos al aludir a la noción de “franjas de la realidad”. Según este planteo tal subjetividad es producida dinámicamente entre diversos “paisajes mediáticos” y “paisajes ideológicos”.

Una de las dificultades del análisis que realiza Massetti del caso piquetero retomando aportes de Goffman, reside en cómo interpreta uno de sus supuestos epistemológicos. El isomorfismo propuesto por Goffman es interpretado por Massetti como “contraste” entre esquemas y eventos. Otro foco problemático lo constituye su intento de emplear el concepto goffmaniano de “fabricación” para dar cuenta de otro concepto que propone en este artículo “tecnología de representación” como “una forma de dar un rodeo que evitara la problemática implícita en el uso de la idea de identidad política” (Masseti, 2007:71)

Como se ha podido dar cuenta hasta aquí, el enfoque del frame analysis – más allá de las problematizaciones a su interior – es uno de los que habilita y ofrece variadas opciones para indagaciones sobre los procesos de mediatización mediante los cuales la conflictividad y la acción colectiva se hacen visibles para los propios actores, para las audiencias y para quienes se constituyen en antagonistas. Es de suponer que, la visibilidad así mediada cuenta con el poder potencial de definir el *qué* y el *cómo* de la configuración u organización de estas experiencias encarnadas por algunos miembros de la sociedad y ajenas o extrañas para amplios sectores de la misma.

El enfoque framing tiene la fortaleza tanto teórica como metodológica para poder discutir el *qué* y también el *cómo* de las acciones colectivas en torno a lo laboral mediatizadas.

Los propios medios de comunicación configuran además de las identidades, los diagnósticos y los pronósticos junto a los demás actores sociales.

¹³ En palabras del autor “producción de subjetividades” (pág. 64)

Bibliografía

Clegg, H. (1976) *Trade unionism under collective bargaining*. Basil Blackwell. Oxford. Citado por: Ghigliani, P. (2008) “Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)”.

Donati, P. (1992) “Political Discourse Analysis”. En: Diani y Eyerman (Eds.) *Studying Collective Action*, Sage, London

Entman, R. (1993) “Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm”, *Journal of Communication*, N° 43, 4, págs. 51-58.

Falcón, R. (1982) “Conflicto social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina”. En: Galitelli, B. y Thompson, A. (Eds.) *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*, CEDLA, Ámsterdam.

Falcón, R. (1996) “La resistencia obrera a la dictadura militar (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)”. En: Quiroga y Tcach (Eds.) *A Veinte Años del Golpe: con memoria democrática*, Homo Sapiens, Rosario. Citado por: Ghigliani, P. (2008) “Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)”.

Farinetti, M. (1999) “¿Qué queda del movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina”, *Rev. Trabajo y Sociedad*, N° 1, vol. I

Franzosi, R. (1982) *One Hundred Years of Strike Statistics: Data, Methodology, and Theoretical Issues in Quantitative Strike Research*, University of Michigan. Citado por: Ghigliani, P. (2008) “Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)”.

Franzosi, R. (1989) “Strike Data in Search of a Theory: The Italian Case in the Postwar Period”, *Politics Society*, 17, págs. 453-480

Gamson W. (1995) “Constructing social protest”. En Jonsthor H. and Klandermans B. (Eds.) *Social movements and culture*. University of Minnesota Press

Gamson, W., & Modigliani, A. (1989) “Media Discourse and Public Opinion on Nuclear Power: A Constructionist Approach”; *The American Journal of Sociology*; 95, 1; págs. 1-37

Ghigliani, P. (2008) “Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)”. En: Slatman, M. y Ayala, M. (Comps.) *Los Movimientos Sociales en América Latina. Pasado Presente y Perspectivas*; Memorias Arbitradas de las Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos; Bs. As. Proyecto Editorial Gregorio Selser; págs. 166-178

Gordillo, M. (1999) “Movimientos sociales e identidades: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971”, *Desarrollo Económico*, Vol. 39, N° 155, págs. 385 - 408

Gordillo, M. (2001) “Prensa y acción colectiva en Córdoba en el marco de la primera fase del Plan de Convertibilidad, 1991-1992”; ponencia presentada en el V Congreso Nacional de Ciencia Política- Sociedad Argentina de Análisis Político

Humanes, M. e Igartua, J. (2004) “El encuadre noticioso de la realidad: reflexiones teórico-metodológicas sobre el concepto de framing”; *Quaderns de filología - Estudis de Comunicació*, Vol. II, págs. 201-218

Hyman, R. (1972) *Strikes*. Fontana – Collins, Great Britain. Citado por: Ghigliani, P.

- (2008) “Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)”.
- Iyengar, S. (1991). *Is anyone responsible? How television frames political issues*. University of Chicago Press. Chicago
- Izaguirre, I. y Aristizábal, Z. (2000) “Las luchas obreras 1973 – 1976”, *Documento de Trabajo*, 17, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA), Buenos Aires
- Jelín, Elizabeth (1977) “Conflictos Laborales en la Argentina, 1973-1976”, *Estudios Sociales*, 9, CEDES. Citado por: Ghigliani, P. (2008) “Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)”.
- Massetti, A. (2007) “Piqueteros, o la política como voluntad de representación”. En: Villanueva, E. y Massetti, A. (Comp.) *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*. Prometeo, Buenos Aires
- McCarthy, J.D.; McPhail, C.; Smith, J. & Crishosk, L.J. (1999) “Electronic and print media representations of Washington, DC demonstrations, 1982 and 1991: a demography of description bias”. En: Rucht, D.; Koopmans, R. and Neidhardt, F. (Eds.) *Acts of Dissent. New developments in the study of protest*, Rowman & Littlefield Publisher, Maryland, págs. 113-130
- McGuire, J.W. (1996) “Strikes in Argentina: Data Sources and Recent Trends”, *Latin American Research Review*, vol. 31, nº 3.
- Palermo V. y Novaro, M. (1996) *Política y poder en el gobierno de Menem*. Grupo Editorial Norma. Buenos Aires. Citado por: Gordillo, M. (2001)
- Pan, Z. & Hosicki, G. (1993) “Framing Analysis: an approach to news discourse”, *Political Communication*, 10, págs. 55-75
- Piva, A. (2001) “La década ‘perdida’. Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989/2001)”, *Cuadernos del Sur*, Nº 32
- Rivas A. (1998) “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”. En: Ibarra, P. y B. Tejerina (Eds.) *Los Movimientos Sociales, Transformaciones políticas y cambio cultural*, Ed. Trotta, Madrid
- Rucht, D. & Neidhardt, F. (1999) “Methodological issues in collecting protest event data: units of analysis, sources and sampling, codings problems”. En: Rucht, D.; Koopmans, R. and Neidhardt, F. (Eds.) *Acts of Dissent. New developments in the study of protest*, Rowman & Littlefield Publisher, Maryland, págs.: 65-89
- Rucht, D. & Ohlemacher, T. (1992) “Protest event data: collection, uses and perspectives”. En: Diani, M. and Eyerman, R. (Eds.) *Studying collective action*, SAGE, London, págs. 76-106
- Rucht, D.; Koopmans, R. & Neidhardt, F. (1999) “Introduction: protest as a subject of empirical research”. En: Rucht, D.; Koopmans, R. and Neidhardt, F. (Eds.) *Acts of Dissent. New developments in the study of protest*, Rowman & Littlefield Publisher, Maryland, págs. 7-30
- Scheufele, D. (2000) “Agenda-setting, priming and framing revisited: another look at cognitive effects of political communication”. *Mass Communication and Society*, Nº 3 (2-3), págs. 297-316.
- Schuster, F. L.; Pérez, G.J.; Pereyra, S.; Armesto, M.; Armelino, M.; García, A.; Natalucci, A.; Vázquez, M.; Zipcioglu, P. (2006) *Transformaciones de la protesta social*

en Argentina 1989-2003. [En línea]. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. (IIGG Documentos de Trabajo, N° 48). Buenos Aires Disponible en la World Wide Web: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Publicaciones/DT/DT48.pdf>>ISBN 950-29-0920-8

Shorter, E. y Tilly, C. (1974) *Strikes in France, 1830-1968*. Cambridge University Press, Cambridge. Citado por: Ghigliani, P. (2008) *Reestructuración capitalista y conflicto obrero en Argentina (1973-2008)*

Silver, B. (2005) *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Akal, Madrid.

Spaltemberg, R. (1996): *Conflictos laborales en Argentina: 1984-1994*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, mimeo. Citado por: Farinetti (1999) “¿Qué queda del movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina”, *Rev. Trabajo y Sociedad*, N° 1, vol. I